

Cómo un hombre feo puede llegar á ser hermoso

Hacia más de dos meses que Mario y Josefina estaban de vuelta en Marsella. El joven, al salir del despacho de Douglas, debió confesarse á sí mismo que todavía no había logrado encontrar el primer franco de los 15,000 necesarios para salvar á Felipe. Decididamente, nada sabía más que amar y sacrificarse; su alma era demasiado recta y leal para proporcionarse en pocas semanas la importante cantidad que con tanto afán buscaba. Los deplorables incidentes en los cuales acababa de encontrarse mezclado, los amores de Armanda y Sauvairé, la hipocresía y las falsificaciones de Douglas le revelaban la vida bajo un aspecto aterrador, que le desalentaba. Retrocedía en lugar de avanzar; recelaba, haciendo una nueva tentativa, fracasar y hasta comprometerse, cayendo otra vez entre pillos que le explotarían.

El mes de Diciembre iba aproximándose; era preciso apresurarse; ya no era posible esperar aplazamientos, y el condenado sería atado al infame poste. Ante tales pensamientos, Mario lloraba de impotencia. Hubiese querido liberar á su hermano con un trabajo de gigante, horadar el muro del calabozo, desmenuzar la piedra con los dedos, pero el pensamiento de los 15,000 francos le espantaba; tratándose de dinero, humillaciones, tráficos más ó menos dudosos, perdía la cabeza.

Sin embargo, toda esperanza no había muerto en él; siempre confiaba en la simpatía de algún corazón generoso. Habría enfermado en tales angustias si no hubiese tenido á su lado á una consoladora, que le sonreía en las horas más malas.

Mario deseaba diariamente que llegase la noche para encontrarse en el reducido cuarto de Josefina. Si tenía una esperanza, acudía á dar parte á su amiga, y si sufría un desengaño, iba en su busca para contárselo.

Josefina iba los domingos á ver á Blanca. La pobre joven, que iba á ser madre, le inspiraba una amistad compasiva. Presenciaba sus remordimientos, sus lágrimas, y trataba de desvanecer su perenne tristeza. Al anoecer, encontraba á Mario, que le esperaba á la orilla del mar, y los dos volvían á Marsella á pie, dándose el brazo como ños recién casados.

Un domingo, Mario llegó temprano. Un pensamiento de delicadeza le impedía entrar en casa de Blanca. Permaneció sumergido casi dos horas en una vaga meditación de ternura y de dicha.

La ramilletera llegó y sentóse al lado del joven, que le tomó la mano sin hablar. Luego, en voz baja, sin tener conciencia de ello, formuló el pensamiento que le oprimía el corazón:

—¡No, no! Soy demasiado feo.

—¡Cómo demasiado feo!—replicó Josefina.—¡Si sois hermoso, Mario!

El joven volvió la cabeza, y juntando sus manos, la miró ansioso.

Comprendió la ramilletera que, sin quererlo, acababa de descubrir un secreto. Permaneció muda por algunos instantes, pero no era muchacha para hacer mucha comedia, y dijo resueltamente:

—Escuchad, amigo: quiero ser franca; hace seis meses, os creía feo, tal vez porque no os había mirado... ahora, no sé la razón, pero es lo cierto que os encuentro hermoso.

Mario callaba, no atreviéndose á disipar tal vez una dulce ilusión.

—¿No me creéis?—interrogó Josefina.

—Sí, os creo,—replicó Mario;—necesito creerlos. Además, las olas me han dicho que os amo y que me amáis también.

—¡Bueno!—dijo alegremente la ramilheira.—Las olas no han mentido, pero son muy charlatanas.

Mario estaba fuera de sí: en aquel momento, su alegría era tan grande, que casi llegó á olvidar su continua preocupación. Josefina le dijo:

—¿Qué te parece? Nos casaremos cuando Felipe esté libre.

—Sí, en él debemos pensar. Pero, dime la verdad: ¿amas todavía á mi hermano?

—¡Tonto! Aquello pasó. Ya ves: si te amo á tí, no puedo amar á otro.

Mario no insistió más. Ahora no experimentaba otra cosa que remordimiento, y añadió:

—Nosotros somos dichosos y egoístas. Mientras respiramos el aire libre, mientras gozamos de la vista del cielo y del mar, nuestro hermano se ahoga en una cárcel... ¡Ay! no sabemos trabajar para su liberación.

—Sí, sabemos; ¡ya verás!—respondió Josefina.—Amando y siendo amado, crece el valor.

Quedaron silenciosos, sin soltarse las manos. Mecía el mar aquel amor con su voz monótona. Entraron en Marsella á la claridad de las estrellas, llenos de esperanza y de ternura.

X

En que se reanudan las hostilidades

Blanca llevaba una vida de lágrimas. El otoño hacía padecer los melancólicos horizontes, la estación poníase fría y triste. Fuertes estremecimientos sacudían el mar cuya voz gemía, mientras los árboles dejaban caer al suelo sus hojas. Bajo la triste desnudez del cielo ensanchábase la desnudez de las aguas y de la orilla. Esa melancolía, esa despedida del verano rodeaban á Blanca con el desconcierto que llenaba su corazón.

Vivía retirada en la casita de la costa. Aquella morada, sita á pocos minutos de la aldea de San Enrique, encontrábase aislada sobre un acantilado, y dominaba el mar, que chocaba contra las peñas bajo sus ventanas. Permanecía Blanca días enteros mirando y escuchando las olas, cuyos regulares ruidos adormecían sus sufrimientos. Aquella era su única diversión; seguía con la mirada los amplios lienzos de espuma, que se rompían y saltaban hacia arriba; todo su sér dolorido calmábase frente á la dulce y monótona inmensidad.

Salía á veces, al anochecer, acompañada por el aya.

Bajaba á la orilla del mar y se sentaba sobre un pedrusco. El viento fresco de la noche templaba la calentura, que la encendía. Allí permanecía, olvidándolo todo, sumergida en las tinieblas, ensordecida por el ruido de las

aguas, y volvía á su casa sólo cuando el frío la estremecía completamente.

Atormentábala siempre el mismo pensamiento: Felipe y el niño.

Josefina era su mejor consuelo si no hubiese consentido en pasar las tardes de los domingos en su compañía, la infeliz habría muerto desesperada.

—¡Cuán pesada es la vida!—decía Blanca.—Todo el día estuve pensando en las horas que pasé con Felipe. Más habría valido que hubiese muerto entonces.

—¿Por qué llorar siempre, siempre afligirse?—decía Josefina con dulzura.—Ya no sois una niña, tenéis deberes que cumplir: tenéis que pensar en el presente, pues el pasado no tiene remedio. Si enfermáis, matáis al niño.

—¡Yo matarlo! ¡No digáis eso! Tiene que vivir para rescatar mi culpa y lograr mi perdón, Felipe lo ha dicho: soy suya para siempre: en vano renegué de él, en vano quise olvidarlo: ha crecido mi amor con el remordimiento.

Un día Blanca miró fijamente á su compañera y le dijo:

—Debéis casaros con él, ¿no es cierto?

Josefina no comprendió en seguida.

—Nada me ocultéis,—continuó Blanca:—prefiero saberlo todo. Más vale que se case con vos, porque sois buena y lo haréis dichoso. Cuando habré muerto, decidle que siempre le amé.

—Nunca me casaré con Felipe: tal vez llegue á ser su cuñada.

—¡Su cuñada! ¡Dios os haga felices como merecís serlo!

El padre Chastanier iba con frecuencia á ver á Blanca; un día permaneció hasta la noche y se fué con Josefina. Debía comunicar malas noticias á la ramilletera, y no quería hablar delante de Blanca. En la costa encontró á Mario, el cual esperaba á su amiga.

—Hijo mío,—le dijo,—vuestros pesares van á empezar de nuevo. El señor de Cazalis me escribió ayer. Mucho le sorprende que la sentencia pronunciada contra vuestro hermano no se haya cumplido aún. Dice que trabaja para apresurar la hora de la exposición pública. ¿Creéis libertar pronto al prisionero?

—¡Ay no!—respondió Mario con dolor,—estoy como el primer día... Creía que faltasen todavía seis semanas,

—No creo que el señor de Cazalis pueda hacer resolver al presidente á faltar á su palabra,—dijo Chastanier.

—Además, el paso que hemos dado quedó oculto, y esto me hace suponer que el aplazamiento durará hasta fines de Diciembre, como han prometido. Pero os aconsejo ir aprisa... No se sabe lo que puede suceder, me importaba avisaros.

Consternados estaban Josefina y Mario. Entraron en Marsella con el cura, silenciosos, otra vez abismados en sus primeras angustias. Durante una semana, su amor casi los había cegado, y ahora encontraban el mismo precipicio bajo sus pies.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1925 MONTERREY.

XI

Una exposición pública en Marsella

Pocos días después, una mañana, mientras Mario iba á su despacho, hacia las nueve, encontró la calle del Paraíso atestada de una ruidosa multitud, que bajaba hacia la Cannebière. Detúvose en la esquina de la calle de la Darsey, y poniéndose de puntillas, vió la plaza Real llena de gente. Aquello parecía un mar de cabezas. En su derredor, la ola de gente, continuaba bajando con sordos zumbidos.

Apoderóse poco á poco de Mario la ardiente curiosidad que impelia al pueblo. Ciertas palabras sueltas, que llegaron á sus oídos, le inspiraban una vaga ansiedad; quiso ver él también: dejóse arrastrar por la multitud, que llenaba la calle como un torrente. Llegó con bastante facilidad á la paza. Pero allí, la marea de los curiosos, que salía de la calle del Paraíso rompiase contra la masa compacta de la gente estacionada. Cada cual poníase de puntillas, mirando hacia la Cannebière.

El joven vió vagamente soldados á caballo: no distinguía otra cosa, no adivinaba qué espeluznante espectáculo podía hacer acudir á los habitantes de la ciudad.

En torno suyo la multitud murmuraba en son de amenaza. Oíanse á veces palabras sueltas resaltar en medio de aquel murmullo profundo. Algunas llegaban á sus oídos:

—Llegó de Aix esta noche.

—Sí, y mañana partirá para Tolón.

—Quisiera ver la cara que pone.

—Dicen que se puso á sollozar cuando vió al verdugo que traía las cuerdas.

—¡No, no! Mostró mucho valor. Es un gallardo mozo, que no llora como una mujer.

—¡Canalla! El pueblo debería matarle á pedradas.

—Haré todo lo posible para aproximarme.

—Esperadme. Allí deben silbarle... Quiero hacer lo mismo.

Tales palabras, interrumpidas por fisgas, acompañadas de ademanes arrebatados, resonaban cruelmente en los oídos de Mario. Apoderóse de él un verdadero espanto; un frío sudor le inundaba la frente. Tenía miedo, ya no discurría. Preguntábase con angustia quién podía ser el hombre que la multitud corría á insultar.

Siempre más y más agolpábase la gente; y convenciósese de que no era posible abrirse paso. Resolvió volver á la plaza Real. Bajó lentamente la calle Vacón, tomó la de Beureau, desembocó en la Cannebière. Allí le aguardaba un extraño espectáculo.

La Cannebière, en toda su longitud, desde el puerto hasta el «cours» Belzance, estaba llena de una barahunda inmensa, que á cada minuto aumentaba. De cada calle, bajaban oleadas de pueblo. De vez en cuando, soplos de cólera corrían entre la multitud, y entonces levantábanse gritos, que resonaban lejos, semejantes á los profundos mugidos del mar.

Las ventanas llenábanse de espectadores; unos pilluelos habían trepado á los faroles. Toda Marsella estaba allí, y los curiosos todos dirigían la vista codiciosa al mismo punto.

En la Cannebière había más de 60,000 personas, que miraban y vociferaban.

Cuando Mario logró aproximarse, comprendió por fin cual era el espectáculo, que atría á la multitud. En el centro de la Cannebière, frente á la plaza Real, elevábase un tablado. Encima, un hombre estaba atado á un poste.

Dos compañías de infantería, un piquete de gendarmes y cazadores á caballo rodeaban la plataforma y defendían al condenado contra la creciente irritación del pueblo.

Mario, en un principio, no vió más que al desgraciado

atado al poste, el cual dominaba la multitud. Una terrible ansiedad le hizo tratar de ver el rostro de aquel hombre.

Era Felipe tal vez; Cazalis había quizás logrado adelantar la hora de la exposición.

El condenado llevaba pantalón y chaqueta de lienzo gris; y cubría su cabeza con una gorra cuya visera le cubría los ojos. Tenía constantemente la cabeza baja, ocultando sus facciones á los curiosos, la cara vuelta al puerto, pero ni una sola vez levantó la frente para mirar el mar, que extendíase libre y tranquilo.

Calmóse el terror de Mario notando que el hombre era mucho más grueso que su hermano, y como conocía el carácter de Felipe, estaba seguro que no hubiese bajado la cabeza, que habría devuelto desprecio por desprecio. Sin embargo, no estaba satisfecho aún: habría querido ver claramente al condenado.

Seguía vociferando el pueblo.

—¡Levanta la cabeza, pillol! ¡Enseña la cara!

—¡No lo hará! Tiene miedo.

—Por fin tiene atadas las manos: ya no podrá robar.

—¿Lo creéis así? Estuvo á punto de robar el indulto.

—Sí, sí. Unos señores muy ricos, unas personas piadosas trataron de librarlo del poste.

—No habría encontrado un pobre diablo tales valedores.

—El Rey, no cedió sin embargo: ha dicho que igual debía ser el castigo para los criminales de todas las clases sociales.

—Es buena persona el Rey.

—¡Douglas, pillol, gazmoño, ladrón, hipócrita, no harás más comedias, no irás á las iglesias pidiendo á Dios que ampare tus falsedades!

Entonces respiró Mario. Aquellos gritos le explicaron que tratábase del escribano falsario. Seguían vociferando:

—Arruinó más de cincuenta familias: poca pena es la cadena perpétua.

—Otra debía presenciar Marsella.

—Cuando pase lo cogemos y lo mataremos.

—Mirad que bien está allá arriba.

—El verdugo va á desatarlo... ¡Corramos!

Efectivamente, Douglas bajaba de la plataforma. Subió en una carreta descubierta, de un solo caballo, la cual debía conducirlo nuevamente á la cárcel.

Un gran movimiento se produjo. Todos se lanzaron á injuriar, tal vez á matar al desgraciado, pero los soldados rodeaban la carreta y los gendarmes galopando apartaban á los alborotadores.

Mario miró á Douglas con lástima. Era muy culpable, pero su ignominioso calvario excitaba más compasión que cólera. Oyó Mario á dos obreros que decían al pasar:

—Volveremos de aquí á un mes. Habrá la exposición del mozo que robó á una muchacha... más bonito será aquello.

—¡Ah, sí, Felipe Cayoll... le he conocido: es un joven alto... Será preciso saber exactamente el día... habrá alboroto.

Alejáronse los obreros. Mario, quedó pálido, consternado. Aquellos hombres tenían razón: dentro de un mes llegaría el turno á su hermano. Decíase á sí mismo que la casualidad acababa de hacerle asistir á toda la vergüenza que Felipe sobrellevaría. Sabía ahora qué sufrimientos le esperaban, colocábalo en el lugar de Douglas é imaginaba la terrible escena que tendría lugar. La angustia le hizo cerrar los ojos un largo rato, zumbábanle los oídos: veía á Felipe en la plataforma, oía la multitud reír é insultarle.

XII

En que Mario pierde la cabeza

Estando Mario apoyado en la puerta de una tienda, con los ojos bajos, dolorosamente afectado por el espectáculo que acababa de presenciar, sintió una mano posarse amistosamente encima de su hombro.

Levantó la cabeza y vió á Sauvaire.

—Amigo, ¿qué diablo estáis haciendo aquí?—exclamó riendo.—Diríase que van á ataros á ese poste.

E indicaba la plataforma. Estaba elegantemente vestido: llevaba pantalón y levita de paño fino, y su chaleco medio abotonado, dejaba ver una camisa blanca como el ampo de la nieve. Enseñaba con complacencia una gruesa cadena de reloj con macizos dijes. Eran las diez y el maestro se paseaba en chinelas, con el sombrero de fieltro blanco inclinado sobre la oreja, y la bella pipa de espuma de mar entre los dientes. Parecía que la acera de la Cannebière fuese suya; allí estaba como en su casa, ocupando todo el sitio que podía, mirando á los transeuntes con aire familiar y protector. Tenía ambas manos en los bolsillos, ensanchando los pantalones, apartando las piernas, y miraba á Mario con superioridad y condescendencia.

—Parecís triste, enfermo,—añadió.—Haced lo que hago yo: estad bueno, comed y bebed bien, llevad vida alegre. Yo ignoro lo que es sufrir. Soy fuerte, tengo buen estómago, puedo gastar cien francos cuando quiero... Ya

sé que es preciso ser rico para hacer lo que yo. Todos no son ricos...

Miraba á Mario con lástima, le encontraba tan delgado, tan pálido, que gozaba porque él era gordo y tenía buen color. En aquel momento, de buena gana habría prestado mil francos al joven.

Mario no escuchaba aquella charla. Habíale estrechado la mano distraído, recayendo luego en sus negros pensamientos.

Sauvaire, no recibiendo respuesta alguna, seguía:

—¡Diablo! un joven tiene que divertirse. Vos, pobrecito, no os divertís bastante y trabajáis demasiado, amigo mío... se necesita mucho dinero, las diversiones son caras. En cuanto á mí hay semanas en las que gasto mucho... no podéis divertirlos del mismo modo, esto es imposible; pero algo es algo. ¿Tenéis algún dinero? ¡Mirad! si queréis, os llevaré alguna noche, á sitios en los que no os fastidiaréis.

Viendo siempre á Mario cabizbajo, le tomó el brazo con tono de autoridad y le arrastró á la acera.

—De vos me encargo,—dijo.—Yo os lanzaré. En ocho días estaréis casi tan alegre como yo. ¿Sabéis dónde pasé la noche? En el círculo Corneille, donde jugaban como desesperados... Allí había dos criaturas arrebataadoras, que lucían trajes de terciopelo, joyas, encajes, cosas tan caras que parecen decir: mírame, pero no me toques... Clairon, una morenita, ganó más de cinco mil francos.

Mario levantó la cabeza.

—¡Ah!—dijo con voz extraña.—¿se pueden ganar mil francos en una noche.

Sauvaire soltó una carcajada.

—¡Qué sencillez!—exclamó.—Más he visto ganar yo. Hay gente que tiene suerte... El año último, he conocido á un joven, el cual en dos noches, ganó dieciseis mil francos... Entró conmigo en un círculo sin un cuarto... le presté cinco francos, y dos días después ya poseía dieciséis mil... Los hemos gastado juntos.

—¿Es preciso ser socio de algún círculo para jugar?—preguntó Mario.

—Sí, pero es lo cierto que más jugadores hay alrededor de la mesa, que no son socios, que jugadores legítimamente autorizados para jugar. ¿Comprendéis?

Mario entonces fué el que cogió el brazo de Sauvaire. Dieron algunos pasos, luego el joven preguntó á su compañero con voz ahogada:

—¿Podéis llevarme esta noche al círculo Corneille?

—¡Así me gusta! Nos divertiremos mucho. Queda dicho os llevaré esta noche, y os haré conocer á la Clairon. * ¿Qué importaba la Clairon á Mario? lo que quería era ganar los dieciseis mil francos, el rescate de Felipe.

—¿Dónde os encontraré esta noche?—preguntó Sauvaire.

—Aquí mismo, á las diez.

Á las ocho, Mario fué á ver á Josefina. La joven sintió que sus manos ardían.

—¿Qué tenéis?—preguntó inquieta.

—No me interroguéis,—respondió.—Felipe quedará libre y nosotros seremos dichosos.

Fué á su casa, tomó cien francos, que había ahorrado con gran trabajo, y fué á reunirse con Sauvaire. A las diez, entraban juntos en el círculo Corneille.

XIII

Los garitos de Marsella

Antes de referir el nuevo episodio de este drama, antes de mostrar á Mario sufriendo todas las angustias del juego, es preciso explicar las causas que han multiplicado los garitos en Marsella. El que escribe estas líneas quisiera poder enseñar, en toda su repugnante desnudez, la llaga devoradora que fôe una de las más ricas y animadas ciudades de Francia. Perdonada le será la corta digresión que se vé obligado á hacer, pensando en la utilidad del objeto que se propone.

Es de notar que la pasión del juego invade sobre todo á los grandes centros comerciales. Cuando una población entera se entrega á especulaciones desenfrenadas, cuando todas las clases de la sociedad trafican desde la mañana á la noche, es casi imposible que ese pueblo de comerciantes no se arroje á las ardientes emociones del juego. El juego entonces es otra especulación más; especúlase sobre la casualidad, y de noche prosíguese el trabajo del día; de día, han tratado los traficantes de aumentar su caudal vendiendo cualquier cosa; de noche hacen lo mismo arriesgándolo en la mesa de juego. Si es verdad que el comercio es con frecuencia un juego, pueden figurarse los comerciantes que se encuentran en el mismo ambiente pasando del despacho al garito.

Además, la fiebre comercial es contagiosa. En Marsella,

presenciando ciertas grandes riquezas ganadas en pocos años, no hay joven que no sueñe con suerte semejante. Todos quieren entrar en el tráfico, la ciudad entera es una banca enorme en la que todos viven para ganar dinero. Idos al puerto, á todas partes á donde va la multitud; no oiréis hablar más que de dinero, os imaginaréis estar en un inmenso despacho donde todas las conversaciones están erizadas de números. Lo importante es, con diez francos en el bolsillo, ganar veinte, treinta, cuarenta. Los que poseen grandes capitales juegan á la Bolsa, compran y venden. Los pobres, que tienen solo algunos francos, tienen el recurso del juego; como no poseen bastante para tentar vastas empresas, acuden á la casualidad; es un medio de enriquecerse ó arruinarse, al alcance de todos, medio fácil y rápido, tráfico extraño lleno de ardientes emociones. El jugador es un especulador, el cual vive en una sola noche toda una existencia llena de alternativas terribles, que experimenta las ansiedades, las esperanzas y los desfallecimientos del agio. En una ciudad como Marsella, donde el dinero es el soberano, donde la población está sacudida por una violenta calentura comercial, el juego llega á ser una necesidad, una banca abierta para todos, donde el rico puede arriesgar su oro, el pobre su calderilla.

A esto añadid que los ricos, los que remueven el oro paletadas, los que ganan en un día enormes cantidades, no tienen mucho apego al oro, que tan fácilmente amontonan. Un obrero mira con respeto la moneda que le entregan por la noche; ha sudado sangre y agua para ganarla representa para él un trabajo casi inaguantable, largas horas de fatiga, y ha de vivir con aquel dinero. Un comerciante, un especulador, que, sentado en su despacho, encuéntrase por la noche con una ganancia de varios centenares de francos, no teme dejar caer algunas monedas de veinte francos cuando pone en el bolsillo lo que ha ganado. Sabe que, sin duda, al día siguiente ganará otro tanto; es joven todavía, quiere gozar de la vida; como estuvo encerrado durante varias horas, necesita por la noche placeres ruidosos, emociones fuertes. Entonces tira su dinero en los «restaurants», en los cafés, en los garitos: gasta aquel dinero tan fácilmente como lo ha ganado.

Una ciudad comercial es, pues, forzosamente jugadora y

licenciosa. Entre aquel gran río de riqueza, entre aquel ardiente soplo del tráfico que penetra en todas las casas, hay horas de locura, necesidad imperiosa de goces. Entonces ese pueblo está cegado por el brillo del oro: lánzase al libertinaje lo mismo que se había lanzado á los negocios. La calentura sacude á toda la ciudad, á pequeños y grandes, á ricos y pobres: todos ansían ganar ó perder, hasta el millón ó hasta la ruina.

Compréndase por qué existen garitos en Marsella, y casi decía que son necesarios. Ultimamente se contaban más de ciento, y su número va siempre en aumento. Derrotada queda la policía por el furor de los jugadores. Descubierta y cerrada una casa de juego, otras dos se abren al lado. Para cortar el mal de raíz, preciso sería cortar la calentura que agita á toda la población. Según mi modo de ver, el mal no tiene remedio: se puede matar al hombre, pero no se matan sus pasiones.

La policía, que tiene acción directa sobre los garitos, cierra los que puede descubrir, pero su acción es más difícil en los círculos, que á veces se transforman en verdaderas casas de juego. Tienen los jugadores espíritu inventivo para satisfacer su pasión; tratan de poner la ley de su parte. Yo no quiero atacar á ciertos honrados círculos de Marsella; quiero solamente hacerme historiógrafo de algunos círculos vergonzosos, frecuentados por fulleros, horriblemente manchados á veces por la sangre de un suicidio.

He aquí como se funda un círculo. Algunas personas piden autorización para reunirse, por la noche, en determinado local, para conversar, beber y aún jugar á los lícitos.

Cada socio ha de contribuir con una cuota, y está vedado introducir á extraños, es decir tener mesa de juego abierta á cualquiera que se presente. Ahora, he aquí lo que sucede. Al cabo de algunos meses, ni hablan, ni beben los socios, pero pasan noches enteras jugando; las apuestas, reducidas en un principio, ha subido poco á poco, de manera que es fácil arruinarse en pocas noches; se ha rebajado la disciplina, entre el que quiere, hay más extraños en el círculo que socios; las mujeres mismas son admitidas, los fulleros no tardan en presentarse para despojar á los jugadores novicios, y esto sigue hasta que la policía cierra

el círculo. Dos meses después, vuelve á abrirse, empieza nuevamente la farsa y tiene el mismo desenlace.

Esta es una de las llagas vivas de Marsella, llaga que va siempre ensanchándose más: los círculos tienden á ser garitos, abismos donde desaparecen la hacienda y el honor de los imprudentes. Una vez probadas las punzantes alegrías del juego, los demás placeres parecen insípidos. Cada semana ocurre un nuevo suceso, una queja se presenta á la autoridad.

Son comerciantes que se arruinan y luego comprometen los capitales confiados á su probidad; suspenden los pagos, se declaran en quiebra, y arrastran consigo en la ruina, á los que han tenido fe en su honradez.

Modestos empleados, los cuales tienen apetitos de lujo y libertinaje, que sus honorarios no pueden satisfacer. En su derredor ven á gente rica revolcarse en los goces, tener queridas, trenes, agotar los ruidosos placeres de la vida; despiértase su envidia, quieren llevar la misma existencia. Primero juegan los pocos cuartos que les pertenecen, y si la suerte no les favorece roban á sus principales. Contaban últimamente una historia característica. Un empleado, al cual su principal entregó algunos miles de francos para pagar en la aduana los derechos de ciertas mercancías, fué por la noche á un círculo y perdió el dinero que le habían confiado. Aquello fué la locura de un instante, pues el empleado era un buen muchacho que había tenido una tentación. El patrono le amenazó con denunciarlo todo. A tal noticia, los socios del círculo se reunieron y devolvieron la cantidad robada. Habiéndose efectuado el pago, el empleado firmó una letra á la orden del cajero del círculo, y éste nunca persiguió al pobre empleado, el cual jamás pudo pagar.

¿Esta benevolencia de los jugadores no es una confesión?

Comprendieron que todos eran solidarios del abuso cometido, y echaron tierra al asunto para que la justicia no fuera á estorbarles en la satisfacción de sus pasiones.

En ese mundo de locura, entre aquellos apasionados jugadores, introdujo Sauvage á Mario.

XIV.

En que Mario gana 10.000 francos

El círculo Corneille era uno de esos garitos autorizados, de los cuales fué hecha mención en el capítulo precedente. En principio, debía estar únicamente compuesto de socios admitidos por mayoría de votos, que pagaban una cuota de 25 francos, pero, en realidad, todos podían entrar y jugar. Para salvar las apariencias, al principio, fijaban en un espejo los nombres de los recién llegados, ó exigían á los extraños una tarjeta de presentación, procedente de alguno de los socios. Luego fueron descuidadas tales precauciones y entraba cualquiera.

El maestro, sin duda, era un hombre honrado, incapaz de cometer una bajeza, pero la costumbre de los placeres le había hecho contraer peligrosas amistades. Decía francamente que le agradaba más vivir con pillos que con gente honrada, pues los hombres honrados le aburrían, mientras los pillos le hacían reír. Buscaba instintivamente las malas compañías, donde podía desahogarse á su sabor, divertirse como él lo entendía, es decir, armando un escándalo de todos los diablos. Bajo su aire bonachón, ocultaba una astucia y una prudencia raras: nunca se comprometía, jugando poco, alejándose tan pronto como corría un peligro cualquiera. No ignoraba la indignidad de la mayoría de los frecuentadores del círculo Corneille; iba allí porque encontraba á mujeres fáciles y podía satisfacer sus apetitos de plebeyo enriquecido,